

EL TEMA DE LA PEREGRINACIÓN EN EL QUIJOTE

Ángel González Fernández

En el Quijote aparecen algunas referencias al tema de la peregrinación, tomando el término en su sentido más real. Se trata de referencias explícitas, bien integradas en el curso argumental de la obra y que resultan significativas en lo que respecta a la consistencia y desarrollo del fenómeno de la peregrinación y a su repercusión social en la época de Cervantes.

Pero hay además un tratamiento más profundo del tema en cuanto referido a la peregrinación como metáfora de la vida: ésta entendida como proceso a través del cual la persona se realiza, se constituye y se perfecciona; algo que va aconteciendo a lo largo de los caminos de la vida. Este proceso o andadura vital (peregrinación) hace al ser humano “hijo de sus obras”, como insistentemente proclama, en muy diferentes ocasiones, el caballero andante, don Quijote.

La primera de las referencias al fenómeno de la peregrinación aparece en el capítulo LIII de la segunda parte de la obra, cuando se nos relata lo sucedido a Sancho Panza tras abandonar, decepcionado, el gobierno de la “Ínsula Barataria” y mientras caminaba al encuentro de su amo, don Quijote: “Vio que por el camino por donde él iba venían seis peregrinos con sus bordones, de esos extranjeros que piden limosna cantando, los cuales en llegando a él se pusieron a cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fue una palabra que claramente pronunciaban “limosna”, por donde entendió que era limosna lo que en su canto pedían; y como él, según dice Cide Hamete, era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venia proveído, y dióselo, diciendo por señas que no tenía otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron:

-¡Guelte! ¿Guelte!.

-No entiendo –respondió Sancho- qué es lo que me pedís, buena gente.

Entonces uno de ellos sacó una bolsa del seno y mostrósela a Sancho, por donde entendió que le pedían dineros, y él, poniéndose el dedo pulgar en la garganta y

extendiendo la mano arriba, les dio a entender que no tenía osugo de moneda y, picando al rucio, rompió por ellos”¹

Uno de aquellos peregrinos, en un momento dado, se acercó a Sancho, dándole un grande y jubiloso abrazo. Se trataba, y así lo reconoció muy pronto Sancho, de un vecino de su aldea, El morisco Ricote, expulsado de España, con todos sus correligionarios, por decreto de los Reyes Católicos. Huido a Francia, pudo luego pasar a Alemania, donde, según él declara, “se podía vivir con más libertad, porque no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia”

Los peregrinos entre tanto “se apartaron a la alameda que se parecía, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones. Quitáronse las mucetas o esclavinas y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentileshombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas, según pareció, venían bien proveídas...”

“Tendiéndose luego en el suelo y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajadas de queso, huesos mondos de jamón, que si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro que dicen que se llama cavial, gran despertador de la sed de vino. No faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y que distraen el apetito. Pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó de su alforja”... Cada poco, “todos a una levantaban los brazos y las botas en el aire puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la puntería; y desta manera, meneando las cabezas a un lado y a otro, señales que acreditaban el gusto que recibían, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas”²

Cuando los peregrinos, después de comer bien y beber mejor, quedaron profundamente dormidos, hablaron largo y tendido Sancho y Ricote. Este comenzó por contar que, cuando la expulsión, antes de partir del pueblo y abandonar su casa, dejó su tesoro enterrado y a buen recaudo, con la intención de, en su momento poder

¹ *Quijote*, 2ª, LIII.

² *Ibidem*, loc. cit.

recuperarlo, por lo que regresaba de incógnito ahora. Por todo ello, dice, “junteme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir a España muchos dellos cada año para visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias, y por certísima ganjería (negocio seguro) y conocida ganancia: ándanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real, por lo menos, en dineros, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que trocados en oro, o ya en el hueco de los bordones o entre los remiendos de las esclavinas o con la industria que ellos pueden, los sacan del reino y los pasan a sus tierras, a pesar de las guardas de los puestos donde se registran”.³

Los peregrinos eran, pues, falsos peregrinos: de aquellos de los que ya se nos habla en el Códice Calixtino. Con todo, y a pesar de la falsedad de los sujetos, es posible sacar conclusiones muy verdaderas del relato cervantino, referidas al fenómeno de la peregrinación en la época. Así, por ejemplo, que la peregrinación era un hecho que prácticamente se daba en toda España (“ándanla casi toda”, se nos dice), haciéndose especialmente notable en las proximidades de los grandes santuarios de las zonas por donde el Camino discurre. En esos lugares, de gran concurrencia de gentes, dadas por otra parte al devoto ejercicio de la caridad cristiana, no corrían especiales riesgos de ser descubiertos y podían sacar pingües beneficios en limpio, después de comer y beber con la abundancia a que nos hemos referido: muy expresivamente dice Cervantes que esos santuarios eran tenidos por parte de los tunantes por “sus Indias”, tan productivas como las auténticas y de mucho más fácil acceso y de mucho menos trabajosa y arriesgada estancia.

En todo caso, las gentes, que veían en estos falsarios peregrinos auténticos, a quienes imitaban en el vestir y en el hacer ante el público, se portaban con ellos del mismo modo que con los verdaderos: con una generosidad extrema. El peregrino, con independencia de su intencionalidad personal en relación con los beneficios espirituales de su peregrinación, era visto también como un benefactor de la Iglesia en general y, por lo tanto, de todos los fieles cristianos, que se sentían, así, en el deber de protegerle y ayudarle.

³ *Ibidem*, loc. cit.

La proliferación de falsos peregrinos recorriendo el Camino está completamente documentada no solo en el Códice Calixtino, como ya señalábamos, sino también en escritos y referencias posteriores. Son los llamados “peregrinos *gallofos*” (en opinión de Covarrubias el término *gallofo* puede ser una intencionada deformación peyorativa de galo (*gallo*), francés, en referencia a la gran abundancia de peregrinos franceses o que, simplemente, procedían de tierras francesas; de este modo, gallofo sería falso francés, falso peregrino francés. Después pasó a significar, simplemente mendigo tunante: “el pobretón que, sin tener enfermedad, se hace holgazán y ocioso, acudiendo a las horas de comer a las porterías de los conventos, adonde se hace caridad y en especial con los peregrinos”.

Abundaban también los estafadores profesionales, como los labradores que en épocas del año no de cosecha no quieren gastar de sus ahorros y se unen, disfrazados, a grupos de peregrinos, consiguiendo de este modo manutención y aun pingües beneficios.

Entre estos falsarios tampoco faltan en ocasiones peligrosos malhechores, como aquel de cuyas andanzas se non cuenta en el Calixtino: “vi yo en el camino de Santiago a un ahorcado, que antes que lo colgaran acostumbraba a animar a los peregrinos a la marcha, Gritaba según la costumbre peregrina, con voz muy alta “*Deus adiuva , sante iacobe!*”Y cuando algún peregrino salía para marchar con él iba a su lado un rato, hasta encontrarse con sus compañeros, con los cuales le mataban y robaban.

La cantidad y entidad de los riesgos que corrían los peregrinos, así como el número creciente de malhechores o simples tunantes que se confundían entre ellos, impulsaron que por parte de los monarcas se dictasen leyes muy severas prohibiendo disfrazarse de peregrino, así como estableciendo credenciales que certficasen acerca de la verdadera condición de cada uno.

En este sentido, es curioso constatar que las ordenanzas municipales compostelanas del siglo XVIII llegan a prescribir lo siguiente: “Por cuanto con el pretexto de devoción al Santo Apóstol vienen muchos forasteros mal dispuestos, más a ser tunantes y vagantes que movidos de auténtica devoción, lo que se demuestra en que suelen avecindarse en esta ciudad para usufructuar las copiosas limosnas que

reportan los fieles, en perjuicio de los verdaderos pobres, manteniéndose continuamente en traje de peregrino y con poco o ninguno arreglo de costumbres; por lo tanto se manda por punto general que los tales peregrinos que entren en la ciudad presenten inmediatamente a los justicias sus pasaportes, y en el término de tres días el certificado de haber cumplido con las diligencias espirituales, saliendo luego de la ciudad y de sus arrabales, a sus respectivos países, bajo pena a los contraventores de cárcel para los hombres y hospicio para las mujeres”.

Pero también aparecen peregrinos auténticos en el Quijote. Así, en el capítulo LX de la segunda parte, cuando el caballero y su escudero se acercaban a Barcelona tuvieron que atravesar el territorio controlado por el bandolero Roque Ginart y su tropa, que les detuvieron. En un momento dado, las huestes del bandolero comparecen ante él “trayendo consigo dos caballeros a caballo y dos peregrinos a pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que a pie y en caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traían”.

Roque fue preguntando a cada uno de los detenidos qué dineros traían consigo. Los caballeros, que resultaron ser capitanes de Infantería que viajaban a Nápoles, respondieron al bandolero que traían “entre doscientos o trescientos escudos”. Una de los criados de la señora del coche, que resultó ser doña Guiomar de Quiñones, mujer del regente de Nápoles, respondió que llevaban seiscientos escudos. Interrogados en el mismo sentido los dos peregrinos, respondieron que iban a embarcarse para pasar a Roma y que entrambos podían llevar hasta sesenta reales.

Roque requisó a los capitanes y a la Regenta una buena cantidad de sus escudos, que luego repartió entre su tropa. “Iban” –dice el texto- “los peregrinos a dar toda su miseria, pero Roque les dijo que estuviesen quedos y, volviéndose a los suyos, les dijo:

-Destos escudos dos tocan a cada uno de vosotros, y sobran veinte: los diez se dan a estos peregrinos, y los oros diez a este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura”⁴

⁴ Ibidem, 2ª, c. LX.

El relato cervantino es un buen testimonio de la común buena consideración en que se tenía a los peregrinos, así como del derroche de generosidad con respecto a ellos: el propio Roque Guinart, que en todo momento hace gala de un sentido de la justicia muy próximo al del pueblo llano, el del “buen” bandolero (quita a los ricos para dar a los pobres) es en este sentido un buen ejemplo de la generosidad y estima que se proporciona al peregrino. Se ve en ellos, no solo al hermano necesitado y empeñado además en una loable causa, sino también al buen cristiano que, con su manifestación de fe y su enorme sacrificio coopera ejemplarmente en el interés y beneficio de todos los creyentes: alguien, en definitiva, a quien hay que estimar y proteger.

El desenlace del episodio del encuentro del caballero con unos labradores que llevaban, cubiertas, imágenes para el retablo de la iglesia de su pueblo nos introduce en la segunda parte de esta conferencia, abordando el tema de la peregrinación como imagen del curso de la vida humana que, en su sentido cristiano, está marcado por el recorrido existencial hacia una meta que es preciso conquistar.

En el lance a que ahora nos referimos, don Quijote pide que vayan descubriendo ante él las imágenes, y así lo hacen los portadores. Van apareciendo imágenes que corresponden a diferentes santos, todos ellos caballeros. San Jorge, en primer lugar, san Martín, a continuación; luego Santiago (“la imagen” –dice el texto– “del patrón de las Españas a caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas”) y, por último, san Pablo. A cerca de cada uno de estos santos caballeros don Quijote hace una erudita y laudatoria glosa. Así dice, por ejemplo, de Santiago:

-“Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo. Este se llama don Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo”.

El episodio remata así. “No había más imágenes y así mandó don Quijote que las volviesen a cubrir y dijo a los que las llevaban:

-“Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas, sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a

lo divino y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo”⁵

Las palabras de don Quijote están impregnadas de esa melancolía que le es prácticamente crónica en la segunda parte de la obra cervantina. Aparece ahora vinculada a la evidencia que al caballero se le alcanza de su fracaso en relación con el intento de desencantar a Dulcinea, objetivo, por otra parte, que él cree fundamental en su proyecto de consagrarse como todopoderoso e invencible caballero. El, caballero andante y, así, por definición, “desfacedor de tuertos”, no ha podido nada, hasta ahora, en relación con el que padece la dama de sus pensamientos, Dulcinea del Toboso. El sentimiento de fracaso e impotencia en relación con sus más acariciados ideales se agudiza ahora al compararse con el resonante éxito de los santos caballeros con los que acaba de encontrarse.

Pero no procede ahora que nos detengamos en el análisis de las causas de este obsesionante sentimiento de fracaso. Más interesa a nuestro propósito reparar por el momento en lo que realmente significa que don Quijote, en este lance como en varios otros, se refiera a su vida de caballero con expresiones como estas, presentes en lo que acabamos de leer: “encaminar mis pasos”, dice, o avanzar “por mejor camino del que llevo”, señala también. Constituyen una expresiva muestra de cómo se refiere a la vida como “camino”, algo que hará del caminante (el “andante”, según se expresa nuestro caballero) un peregrino, es decir, alguien empeñado en llegar a algo percibido como una grandiosa meta, “a lo divino” o a lo “humano”, una meta que él ve, desde luego, como algo que es preciso conquistar “a fuerza”, dice, “de mis trabajos”.

Baltasar Gracián, uno de los autores más representativos de esta etapa de la historia de la cultura, hace que los dos personajes de su obra *El Criticón*, Critilo y Andrenio, a quienes en reiteradas ocasiones expresamente llama “peregrinos”, al final de su recorrido vital, en cuyo relato la novela consiste, asomen a los que son los dos

⁵ Quijote, 2ª parte, c, LVIII.

posibles términos finales de la gran peregrinación humana: la “Isla de la Inmortalidad” para unos, y la “Cueva de la Nada” para los otros. De aquella, meta a la que llegan los que han seguido “el rumbo de la virtud insigne y el valor heroico”, se nos dice que “está rodeada por las aguas denegridas, en las que desembocan los sudores de los héroes, la sangre de los mártires y la tinta de los grandes escritores. A los que aspiren a entrar en ella “se les examinará de forma minuciosa” la patente de cada uno para ver si está legalizada por el valor y autenticada por la reputación”

Por el contrario, aquellos, la gran masa, que durante su recorrido vital se acomodaron a la vida muelle, al fácil placer, renunciando a la sacrificada senda de la virtud y la reputación, van a parar, al final, a la *cueva de la nada*. “—Mira cuantos van entrando”, dice Andrenio al divisar la cueva. —“Pues no hallareis persona dentro”, contesta Critilo.- “¿Qué se hace?”, inquiera Andrenio.- “Lo que hicieron”.- “¿En qué paran?” “En lo que obraron, sentencia Critilo; y concluye: “fueron nada, obraron nada y así vienen a parar en nada.”⁶

Las reiteradas “nada” son la contundente expresión de la renuncia a poner, a contracorriente del curso del implacable descenso biológico, el esfuerzo del caminar auto-creativo, llamado a hacer del simple “hombre” una verdadera “persona”, confiriéndose, en el mejor sentido existencialista, durante la existencia, una irrefutable consistencia.

Uno de los más expresivos títulos en la obra de Santa Teresa, *Camino de Perfección*, tiene un sentido que, en lo fundamental, es plenamente concordante con lo que venimos señalando. La peregrinación vital humana es andadura a través de un camino que es vía de realización perfecta: a través de él y con su meritorio esfuerzo, puede el ser humano ir acercándose cada vez más a su plenitud como ser. Perfecto deriva de *perfectus* y este, a su vez, de *perfectus*, es decir, *per-factus*, totalmente hecho, integralmente realizado, consumado: aquello que dentro de su categoría como ente ha logrado la plenitud.

⁶*Ibidem*, tercera parte, crisis VIII.

La relación entre camino y plenitud perfectiva se expresa bien en las Coplas a la muerte de su padre, del poeta Jorge Manrique, que influirá decisivamente en los autores del Barroco, como el propio Cervantes. En el poema se juega con dos metáforas que, si bien están ambas referidas a la vida personal, son de sentido diametralmente opuesto. Está, por un lado, la metáfora *río*: “Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar en la mar,/que es el morir;/ allí van los señoríos/ derechos a se acabar/ y consumir”.⁷ Río es la vida, la vida biológica, en su irrefrenable descenso hacia la disolución y la muerte (la forma infinitiva, *morir*, expresa mejor que el sustantivo, muerte, el sentido procesual, el de un deslizarse continuo que se inicia ya en el momento mismo de nacer) Empezar a vivir es empezar a morir.

Pero en el poema juega también de forma primordial la metáfora *camino* y, en estrecha relación con ella, *jornada* (esta sería la parte del camino que se recorre en un día y que, usada aquí como sinécdoque – tomando la parte por el todo- se referirá también a la vida humana) “Este mundo es el camino/ para el otro que es morada/ sin pesar;/ mas cumple tener buen tino/ para andar esta jornada/ sin errar.”⁸

Camino y *Jornada* o andadura se refieren también a la vida, pero dando a esta un sentido ético y religioso; la vida como proceso de realización perfectiva hacia la inmortalidad, una inmortalidad que en el poeta como en otros autores del Barroco, incluso, como veremos, Cervantes, puede tener sentido mundano (Inmortalidad por la fama) o puede también, con sentido cristiano, referirse a la gloria eterna en Dios. En todo caso está presente siempre el sentido de avance progresivo en la vía de la perfección a que se refiere el título de la obra de Santa Teresa.

En la vida humana se dan, pues, dos procesos: el de realización perfectiva, *camino*, *jornada*, y el de disolución y descenso, *río*. Esto hace que cada momento de la vida humana sea una encrucijada: se entrecruzan la trayectoria descendente (del ser al no-ser, diríamos) y la trayectoria ascendente (del no-ser inicial al ser, progresivamente más pleno y perfecto); es la vía de la realización perfectiva que nos lleva a “la morada sin pesar”, como el poeta dice.

⁷ J. Manrique, *Coplas a la muerte de su padre*, c. III, vs. 25-30

⁸ *Ibidem*, c.VI, vs 49-54.

Es de destacar el énfasis con que el poeta subraya que la vía de la realización perfecta, la que conduce a la meta, es la vía de la obras, la del obrar, la del esfuerzo meritorio: “El vivir que es perdurable/ no se gana con estados/ mundanales,/ ni con vida deleitable/ en que moran los pecados/ infernales;/ mas los buenos religiosos/ gánanlo con oraciones/ y con lloros,/ los caballeros famosos,/ con trabajos y aflicciones/ contra moros”.⁹

El término camino, ya en su sentido real, puede tomarse como referido a una realidad objetiva, físicamente marcada sobre el terreno, intermediando entre el punto de partida y la meta, o puede entenderse también como el resultado o concreción de la acción de caminar (hacer camino). Estos mismos dos sentidos pueden trasladarse al plano figurado, donde camino puede referirse al mundo como realidad sobre la que vivimos (caminamos), o como andadura que vamos día a día realizando.

Una de las apreciaciones en que más se insiste a lo largo del Quijote es aquella según la cual la verdadera nobleza, la fama y, desde luego, la gloria dependen de las obras de cada uno, que tienen, así, carácter realizador de la persona: “cada cual es hijo de sus obras”, se repite en las más distintas ocasiones en la novela cervantina. Considerarse hijo de las propias obras implica ver en la línea de la acción a que cada uno se entrega un proceso de realización personal con pleno sentido de auto-configuración y engrandecimiento en todos los sentidos. Más que la nobleza que pueda heredarse y venir, así, de afuera, cuenta a todos los efectos la que cada uno pueda conferirse así mismo, en función de sus propias obras; ellas son el verdadero título y son además el capital que nada ni nadie puede arrebatarnos. Don Quijote nunca llegó a estar tan loco como para creerse de sangre verdaderamente noble y de estirpe real. Y si alguna vez llega a estar puntualmente convencido de poder constituirse en verdadero caballero andante y capaz aun de llegar a “Rey de algún reino” o incluso Emperador, es porque cree ciegamente en el poder taumatúrgico de las grandes hazañas, a las que se entrega con una fe y con un entusiasmo sin límites.

⁹ *Ibidem*, c. XXXVI, vs 421-432,

Los pronunciamientos en este sentido se suceden a lo largo de la novela y el profundo convencimiento al que responden por parte del protagonista constituyen, en notabilísima parte el punto de sostén de la configuración temática de la obra.

Ya en el capítulo IIII de la primera parte, cuando el caballero da por sentado ante el mozo Andrés que su amo no volverá a azotarle, toda vez que en ello ha empeñado su palabra de honor de caballero, y ante la desconfianza del mozo que no puede tener por caballero a quien no es más que el labrador Haldudo, don Quijote asevera que “Haldudo puede haber caballero cuanto más que cada uno es hijo de sus obras” y, por consiguiente - viene a decir- cabe condición caballeresca sin que medie estirpe o nobleza de sangre¹⁰.

Una de las verdades más indiscutibles para el caballero andante estriba en la condición principesca de doña Dulcinea del Toboso. Para defender esta “verdad” estará siempre dispuesto incluso a derramar sangre y a que se derrame la suya. Pues bien, ante el recelo y la recalcitrante incredulidad de Sancho, en primer lugar, pero también por parte del Duque, su ilustre huésped, acerca del linaje del que pueda proceder la “princesa” Dulcinea, en realidad, Aldonza Lorenzo, vecina de la aldea de El Toboso, el caballero invariablemente contesta “que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que más ha de estimarse tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado”¹¹

En este mismo sentido, comentaba a propósito de la arrogancia con que hablaba y se comportaba el soldado Vicente de la Rosa, de muy humildes orígenes, pero que, aun partiendo de ser simple y raso soldado, confiaba en hacer brillante carrera en la milicia, triunfo al que ya se anticipaba con sus arrogantes actitudes: “decía que su padre era su brazo; su linaje, sus obras, y que,¹² debajo de ser soldado, al mismo

¹⁰ *Quijote*, I, IIII.

¹¹ *Quijote*, II, XXXII.

¹² *Quijote*, I, LI.

rey no debía nada”: todo lo que realmente llegaría a ser se debería en exclusiva al poder taumatúrgico y ennoblecedor de sus hazañas.

Buena síntesis de todo lo que se nos dice en diferentes partes de la obra acerca del valor realizador que corresponde a las grandes obras es la sentencia que don Quijote pronuncia ante Sancho cuando trata de darse a sí mismo ánimos tras salir cruelmente apedreado de la aventura de los rebaños que el caballero toma por ejércitos contendientes y a los que en singular batalla cree haber derrotado: “Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro”¹³.

En el breve y sustancioso parlamento van implicados el ser y el hacer y, en el mejor sentido existencialista, el ser (lo que cada cual llega meritoriamente a ser) vendrá después y radicalmente vinculado al hacer de cada uno. Esta verdad tan quiijotesca y tan del Barroco en general, y que en siglo XX los filósofos existencialistas elevarán a la categoría de gran principio, coincide en mucho, según hemos visto, con lo que ya aparece también formulado, cinco siglos antes, en la Coplas de Jorge Manrique.

Este declarado convencimiento por parte de don Quijote acerca de la ennoblecedora función de las obras propias le lleva a simpatizar profundamente con el espíritu de la Contrarreforma, oponiéndose de modo muy tajante a la doctrina luterana de la “justificación por la sola fe”; así, cuando, por ejemplo, señala: “el agradecimiento que solo consiste en el deseo es cosa muerta, como muerta es la fe sin obras”¹⁴ Aquí se hace presente lo mejor del espíritu de un cristianismo de corte tridentino. La frase tampoco deja de recordar a Mateo (7, 21-22), cuando apela al obrar (*los frutos*) como distintivo real del auténtico profeta: “por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice “señor, Señor,” entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi padre”.

Dentro de lo que sería un esbozo de teología de la peregrinación en sentido cristiano habría de contar como fundamental aquella frase, tan comentada, de San Agustín: “Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti”. Aun contando con todo lo que

¹³ *Quijote*, I, XVIII.

¹⁴ *Quijote*, I, L.

deriva de la obra de la redención, en forma de gracia santificante y, así, salvadora, Dios, que hizo libre al ser humano y, por lo tanto, responsable y, por lo tanto susceptible de mérito y demérito, dispuso que la obra de la salvación, en lo que tiene de universalidad y también en su dimensión más personal, sea un proceso que dé sentido a toda la existencia cristiana y en el que el ser humano, colectiva e individualmente, ha de implicarse por la vía de la acción: una trabajosa y sacrificada acción; por la vía de la fe, sí, pero, ciertamente, también por la vía de las obras; lo inútil sería, como bien recuerda don Quijote, la sola fe *sin obras*.

En este sentido el peregrino es el ser que no simplemente espera que la Gracia venga a él; es él el que se pone en camino, de forma trabajosa y sacrificada, hacia la Gracia. En la entrega al sacrificio y a las múltiples renunciaciones que la peregrinación comporta el peregrino cristiano se une, así, al doloroso sacrificio de la cruz.

De forma parecida y salvando distancias, el Quijote es la historia de la peregrinación, dura y sacrificada hasta lo verdaderamente heroico, de Alonso Quijano hacia don Quijote de la Mancha, es decir, hacia la gran meta de la caballería andante: “un oficio”, declara nuestro caballero, “que no es otro sino valer a los que poco pueden, vengar a los que reciben turtos (agravios) y castigar alevosías”¹⁵. Conduciendo la peregrinación vital de don Quijote a la asunción plena y al ejercicio heroico de esta singular profesión, conducirá por lo mismo a la fama, a la gloria, al aplauso agradecido de las gentes, algo que el caballero está convencido de que en su día cantarán los poetas.

Cuando en las coplas de Jorge Manrique se habla de la gloria como recompensa al caminar trabajoso y sacrificado se hace referencia, en primer lugar, a la gloria por la vía de la fama (“fama gloriosa acá dejáis”, le canta el poeta a su padre) pero sin perder de vista tampoco la supeditación de todo al logro de la vida eterna y auténticamente verdadera, de acuerdo con la doctrina cristiana: “No se os haga tan amarga/ la batalla temerosa/ que esperáis,/ pues otra vida más larga/ de fama tan gloriosa/ acá dejáis

¹⁵ Ibidem, I, XVII.

(Aunque esta vida de honor/ tampoco no es eternal/ ni verdadera) mas, con todo, es muy mejor/ que la vida terrenal,/ perecedera”.¹⁶

En ese mismo sentido también don Quijote, que como buen cristiano cree en la posibilidad de la gloria en la tierra, por vía de la fama, pero también, y por encima, en la gloria eterna, supedita sin embargo aquella a esta última, fundamentando en todo caso la una y la otra en lo que de hecho sea la línea del obrar de cada uno. Y así tras referirse a las hazañas de César, en Roma y de Cortés, en el nuevo mundo, consigna: “Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y es parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado. Así, oh Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos”¹⁷

Esta insistencia en recalcar la dimensión trascendental y de sentido auto-realizador y dignificante que se atribuye a las obras propias es algo que afecta a la estructura fundamental de la novela cervantina. En efecto, don Quijote, que está loco (“loco cuerdo” o “cuerdo loco”, según opinan de él otros de los más sensatos personajes del libro, como el caballero del Verde Gabán) nunca lo está, en todo caso, hasta el punto de perder por completo y con carácter permanente, la noción de quién verdaderamente es: de su identidad como Alonso Quijano. Esto lo prueban las constantes alusiones del caballero, en conversación con Sancho, a la aldea de origen, a su casa y familia, a sus propiedades patrimoniales (con cargo a las cuales, por ejemplo, ordena compensar por los servicios prestados a Sancho, su escudero y a quien, por otra parte, reconoce habitualmente como vecino de la aldea, etc.)

Esta inestable identificación suya con una ardorosamente pretendida condición noble y caballeresca le hace vivir momentos de muy dramática inseguridad y

¹⁶ C. XXXV, vs 409- 420.

¹⁷ *Quijote*, II, VIII.

desconfianza y aun, en varias ocasiones, de franco pesimismo. De ahí que, de forma similar a lo que acontece en relación con la problemática condición principesca de Dulcinea, don Quijote se vea en la necesidad de apelar a la para él firme e indiscutible nobleza, vinculada, más que a la sangre y los genes, a la dignificante operatividad de la grandes obras. El indesmayable afán por realizarlas en todo tiempo y ocasión, como certero camino hacia la fama, es el motor de la acción en la novela de Cervantes.

Cuando, por ejemplo, el amo y el escudero sueñan, mano a mano, especulando con la posibilidad de que el caballero pueda llegar a rey coronado, a través de matrimonio con princesa heredera, decidido en recompensa por su padre el propio rey, a quien don Quijote habría de prestar eficaz y heroica ayuda en la guerra, éste hace observar al escudero: “solo falta mirar qué rey de cristianos o de paganos tenga guerra y tenga hija hermosa, pero tiempo habrá para pensar esto, pues, como te tengo dicho, primero se ha de obrar fama por otras partes que se acuda a la corte”¹⁸. La consigna de “obrar fama”, asumir e incorporar a su propia sustancia la grandeza de las grandes obras realizadas, resume lo mejor de los ideales que animan al caballero andante, configuran su peregrinación existencial e inspiran, así, capítulo tras capítulo, todo el acontecer de la novela.

En definitiva, y aun en medio de sus grandes inseguridades existenciales, don Quijote o, mejor, Alonso Quijano está firmemente asentado sobre el convencimiento de que han de ser sus acciones y comportamientos, imitando a los grandes de la caballería andante, los que han de hacer de él el caballero que realmente quiere llegar a ser.

Alonso Quijano nunca está plenamente seguro de muchas cosas que se refieren a él mismo. Y, desde luego, nunca llegará a estarlo de ser verdaderamente el glorioso caballero que pretende ser, saliendo de su casa, camino de la aventura que buscará siempre ansiosamente. Es ilustrativo en este sentido que, aun a la altura del capítulo XXXI de la segunda parte, ya transcurrido más de tres cuartas partes del relato de sus aventuras, cuando los Duques fingen para él la representación, tan teatral, de un

¹⁸ *Quijote*, I, XXI.

recibimiento principesco en su castillo, dice el autor que aquel fue “el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los caballeros en los pasados siglos”. Por cierto, muy pronto el personaje decaerá otra vez de ese convencimiento, antes ya de abandonar el propio palacio ducal.

Pero entre todas las muchísimas inseguridades existenciales que muy frecuentemente le hunden en la melancolía, se mantiene inmovible el convencimiento de que la vía de la acción, la taumatúrgica efectividad realizadora de los hechos azañosos, a imitación de los grandes de la caballería andante, han de llevar su peregrinación vital al grandioso fin deseado. Si de hecho la peregrinación que va de Alonso Quijano a don Quijote de la Mancha no llegará nunca a la meta prevista por el personaje no será porque decaiga en él lo más mínimo la seguridad acerca de la perfecta adecuación entre los medios dispuestos (el camino de la acción heroica) y la meta deseada (la gloria merecida). Lo que sí va a decaer y, de hecho lo viene haciendo durante toda la segunda parte de la novela, hasta precipitarle al final en el abismo, es aquella inicial confianza ciega en su capacidad real para poder poner adecuadamente esos medios, es decir, para transitar exitoso por los durísimos caminos de la aventura caballeresca.

En los momentos de euforia vive el caballero la gratificante sensación de que sus objetivos están prácticamente alcanzados. Así, por ejemplo, en el capítulo cincuenta de la primera parte: “De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, cortés, atrevido, blando, sufridor de trabajos y de encantos, y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme rey de algún reino...”¹⁹

Y aún en la segunda parte, no obstante las arremetidas de sus crecientes celos, puede decir de él el narrador al comienzo del capítulo XVI: “Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho seguía don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada victoria, ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el

¹⁹ *Quijote*, I, c. L.

mundo; tenía en poco los encantos y los encantadores; no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni de la lluvia de estacas de los yangüeses”...²⁰

Adviértase, no obstante, cómo, en agudo contraste con este optimismo, responde don Quijote, a comienzos de la segunda parte, a las desesperadas increpaciones de su sobrina, cargadas de solicitud, pero de un pleno y descarnado sentido realista. –“¡Válame Dios! ¡Que sepa vuestra merced tanto, señor mío,... y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé a entender que es valiente, siendo viejo; que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad encorvado, y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no los que son pobres...!

-Tienes mucha razón, sobrina, en lo que dices -respondió don Quijote”²¹.

Muy tocado del ala tiene que estar el caballero para que así pueda expresar su consentimiento y conformidad a la forma en que se expresa su sobrina, tan destructiva en relación con lo que han sido siempre las convicciones profundas de don Quijote, con fundamento en las cuales, por otra parte, respira y vive el personaje. Es preciso advertir con todo que la carga de amargo realismo con que la sobrina denuncia la sin razón de su tío, cuando, precisamente se dispone éste a emprender su tercera salida, no se refieren a lo que, propiamente, son los nobles y altruistas ideales que orientan su vida y le dan sentido, ni tampoco a la adecuación a esos fines de los medios dispuestos por él, al salir de nuevo al doloroso camino de la aventura; sí se refieren en cambio a la manifiesta imposibilidad del hidalgo para poder disponer de hecho los medios (las obras) que él entiende que pueden conducir al logro de los susodichos fines.

Entre el optimismo y la desconfianza, entre la euforia y la depresión, sus inseguridades van en aumento, hasta que todo se hace una terrible evidencia a partir del momento en que, a consecuencia de hábil estratagema del bachiller Sansón Carrasco, resulta vergonzosamente derrotado en las playas de Barcelona, algo que

²⁰ Quijote, II, c. XVI.

²¹ Quijote, II, c. VI.

desbarata sin contemplaciones aquel convencimiento de ser invencible y siembra por ello el desconcierto, primero, y, muy luego, la desesperación y el hundimiento depresivo.

La persistencia, por un lado, en lo que son sus ideales y, por otro, el estrepitoso derrumbamiento de toda confianza en poder poner los medios para llegar a realizarlos es lo que, a mi modo de ver, expresa bien la frase con que, ya *in lectu mortis*, responde a los esfuerzos de Sancho y los amigos para sacarle de la depresión en la que se hunde y retornarle a la ilusión y a la vida:

-“Señores –dijo don Quijote_, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño”. Es decir, los nidos siguen ahí, pero ya no hay quien pueda poner vida en ellos; es decir, que los ideales siguen firmes, pero no soy yo quien pueda realizarlos. Y prosigue: ...”Fui don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano, el Bueno”²². Aquella su existencial peregrinación realizadora y de sentido perfectivo; aquella que, del ocioso, improductivo y aburrido hidalgo Alonso Quijano debería llevarle al glorioso caballero don Quijote de la Mancha, denodado paladín de la justicia, queda definitivamente frustrada. Sus amigos, su familia y él mismo interpretan los hechos como “curación”. Lo cierto es que, desprovisto, al cabo, de lo que era su aliciente vital, su motor y sostén, el buen hidalgo entra en depresión y muere. Es la Ironía cervantina. O su ambigüedad, sobre la que también se vertieron ríos de tinta: ¿es enfermedad, de la que se tenga que curar, el delirio que confiere al personaje vida en plenitud, y es curación el retorno al prosaico realismo desesperanzado que hace la vida invivible? Ironía, ambigüedad..., también podríamos hablar de ambivalencia; ambivalencia en la vida real, atractiva y feliz, en momentos, y en extremo tediosa e insoportable, en otros; ambivalencia también del lado de la fantasía, en la que cabe instalarse, dando espaldas al dolor y a la amargura..., hasta que el zarpazo inmisericorde de la cruda realidad real se imponga sin contemplaciones. El enigma de Cervantes es el enigma de la vida humana.

²² Quijote, II, c, LXXVIII.